

Las guerrillas de la Guerra de la Independencia: de partidas a divisiones (1808-1814)

Agustín Ramón Rodríguez González*

Las guerrillas españolas de la Guerra de la Independencia han generado una copiosa bibliografía entre la que destacaremos, por su cercanía en el tiempo e interés, las aportaciones de D. Miguel Alonso Baquer y D. Nicolás Horta Rodríguez en sendos capítulos de la HISTORIA SOCIAL DE LAS FUERZAS ARMADAS ESPAÑOLAS en los que analizan los aspectos estratégicos sociológicos y jurídicos de esa peculiar y novedosa, para aquel entonces forma de guerra.

NUESTRO trabajo se dirige a una cuestión algo relegada en el análisis del fenómeno, la referida a táctica y organización, y debemos advertir que tiene más de reflexión sobre hechos ya conocidos que de aportación de datos nuevos y sorprendentes.

Es aún muy corriente observar las guerrillas bajo un prisma que resalta la imagen tópica de un grupo no muy numeroso (y cuanto menos lo sea al parecer tanto más atractivo y novelesco) de jinetes que acometen empresas más románticas o aventureras que efectivas. Aunque, eso sí, el mismo gran número de partidas, actuando a lo largo de varios años y de una extensa geografía, explique que su *impacto acumulado fuera enorme*, cosa reconocida incluso durante la contienda.

Pero esa visión, próxima al romanticismo europeo, cuando España se puso de moda como un país a la vez bárbaro y hechicero, nos parece que deforma la realidad del fenómeno.

En concreto, pudo observarse a lo largo de la guerra que el número de partidas no dejó de disminuir, mientras que crecían en tamaño las que se

(*) Instituto de Historia y Museo Militar. Paraguay.

consolidaron, bien fuera porque desaparecieran en combate por sus enemigos, porque fueran absorbidas por otras, o porque las autoridades españolas persiguieran a algunas que parecían demostrar más interés por el bandidaje que por la lucha contra el invasor. Las que quedaron, reconocidas y legalizadas por el gobierno de Cádiz, no dejaron de crecer, dándoselas incluso el título de divisiones, encuadradas en los distintos ejércitos de operaciones.

Es algo muy divulgado que, ya al menos desde 1811, las principales partidas empezaron a englobar primero centenares e inmediatamente millares de hombres, de las tres armas, uniformadas mejor o peor, capaces de luchar en campo abierto y encuadradas jerárquicamente. Es bien conocido el ejemplo de la de Espoz y Mina, que con algunas otras unidades guerrilleras incorporadas, llegó a contar con los efectivos de un pequeño cuerpo de ejército, con más de catorce mil hombres.

Esta evolución ha sido casi unánimemente criticada por muchos autores como algo que desvirtuaba la pura esencia de la guerrilla y que, inevitablemente, hacía menos eficaz el esfuerzo que cuando se ejercía por pequeñas partidas, del tipo de las que autorizaban las ordenanzas gubernamentales del «Reglamento de Partidas» o la del «Curso terrestre».

Un buen ejemplo lo tenemos en la biografía del «Empecinado» debida a Federico Hardman y traducida por Gregorio Marañón¹ Pues bien, el traductor termina abruptamente su tarea en el otoño de 1809, explicando que allí concluye la trayectoria «genuinamente guerrillera» de D. Juan Martín Díaz y que sus hechos posteriores «se parecen más a los de un jefe del ejército regular»².

De forma tan sorprendente se nos evita así conocer los hechos de cuatro años de dura lucha, tras apenas haber narrado dos. lo que vendría a ser como narrar la carrera de Aníbal hasta el Trasimeno o la de Napoleón hasta Marengo, por poner ejemplos bien conocidos y salvando las enormes distancias entre las figuras mencionadas.

Resulta además, desde otro punto de vista, que tan estrecha visión se ofrece intelectualmente frustrante: uno de los mejores ejemplos de líder guerrillero lo fue, al parecer, durante menos de un tercio de su lucha.

En literatura, una decisión así puede ser disculpable, pero no lo es si se quiere ahondar en los hechos, y no ilustrar o novelar ideas preconcebidas sobre un supuesto carácter inmemorial de los españoles.

Pero desde otros frentes, también se ha combatido esa evolución. Por citar un sólo ejemplo, de pensadores bien conocidos, reflejaremos la opinión de K. Marx y F. Engels:

¹ MARAÑÓN, G. (Trad) *El Empecinado visto por un inglés* Espasa-Calpe, col. Austral Madrid 1973

² ob cit. en nota infra pág 139

«En su tercer período (y último) las guerrillas afectaron la organización de un ejército regular, hincharon sus unidades hasta los tres o seis mil hombres y dejaron de ser asunto de la población entera para caer en manos de unos cuantos caudillos que las utilizaron según convino a sus propios intereses. Esta modificación del sistema guerrillero dio al francés grandes ventajas en la lucha. Imposibilitadas ahora por sus considerables efectivos de hacer lo que habían practicado antes, esconderse y desaparecer, súbitamente sin verse obligados a entablar batalla abierta, los guerrilleros fueron frecuentemente alcanzados y fijados, derrotados, dispersos e imposibilitados de actuar durante cierto tiempo».³

Tan asombroso como contundente juicio, no basado en un conocimiento real de los hechos, parece de un lado que refleja bastante adecuadamente la opinión general en el siglo pasado sobre el tema, y de otro, haber tenido un desarrollo posterior, si bien con matices.⁴

Un conocimiento detallado de la Guerra de Independencia no abona en absoluto ese juicio apriorístico. Creemos que con un ejemplo basta: en la campaña de Vitoria en 1813, la guerrilla de Mina distrajo del ejército principal del rey José Bonaparte, el cuerpo de ejército de Clausel, unos veinte mil hombres de los ejércitos del Norte y de Portugal, que se vieron así impedidos para actuar en la crucial batalla. Pero eso no es todo: el temor a las guerrillas españolas de la zona cantábrica y vasca (aparte del pequeño ejército de Galicia) tenía allí ocupadas, también en la retaguardia y flanco del rey José, pero tampoco disponibles, a las divisiones de Foy y de Maucune, la brigada italiana de Palombini, la brigada Berlier, y, al menos, otros diez mil hombres en guarniciones fijas, con un total superior al de Clausel, con todo lo cual, más de cuarenta mil hombres que hubieran sido decisivos frente a Wellington, estaban asegurando las comunicaciones o persiguiendo infructuosamente a aquellos supuestos ineptos que habían echado a perder su habitual ligereza, aparte de otras cualidades, que habían sido recientemente fijados y derrotados, y que se desentendían de la estrategia general.

Pero además, las dos unidades españolas que participan en la batalla, la división de Longa y la de Morillo, son fuerzas guerrilleras en sentido estricto la primera y tanto por el carácter de su jefe, su formación y forma de luchar la segunda (aunque evidentemente no desde el punto de vista legal). Recordemos la heroica lucha de la división de Morillo y la más afortunada de la de Longa, al derrotar a la división española del rey José, al mando de casapalacios, pese a ser más numerosa y hallarse reforzada con contingentes franceses.

³ MARX, K. y ENGELS, F. *Revolución en España* Ariel, Barcelona 1970 pág 100

⁴ Vid. AYMÉS J.R. *La Guerra de la Independencia en España 1808-14* Ed. Siglo XXI. Madrid 1980 pp 60 y ss.

Y tal contribución, decisiva a todas luces, no incluye a guerrillas tan caracterizadas como las de Merino, el Empecinado, Durán y otras, que no tomaron parte directa en la campaña.

Cualquier historiador que siga el desarrollo militar de la contienda puede afirmar que el juicio de Marx, y de tantos otros, es inexacto por lo menos. Pero vayamos a otros ejemplos, si no tan decisivos, si muy ilustrativos. Para ello recurriremos a los datos ofrecidos por el magnífico trabajo de Jean Sarramon.⁵

En su estudio sobre la batalla de los Arapiles, el autor se centra especialmente en el período Mayo-Agosto de 1812, en esta época, y sólo por lo que respecta al Empecinado, el detallado e imparcial estudio señala dos encuentros entre fuerzas de su división (nunca completa) y columnas francesas integradas por un batallón y un escuadrón, que se enfrentan en combates abiertos: pues bien, en la primera ocasión, los franceses pierden más de un 25% de sus efectivos y en la segunda, una herida del líder guerrillero impide la victoria sobre las selectas unidades de la Guardia Real. Y ello por no hablar de la rendición de la guarnición de Guadalajara, ocurrida en el mismo período, con sus mil hombres y artillería, debida más al vuelco general estratégico que a la actuación de la guerrilla que tomó posesión de la ciudad.

Con todos estos datos creemos más que de sobra rebatidos esos duros juicios, anotando que, si bien es verdad que, en ciertas ocasiones, las guerrillas fueron derrotadas y hasta destruidas por las fuerzas de ocupación, ello no se debió sólo a su tamaño (el caso de la de Mina «el Joven» es un buen ejemplo, pues al ser disuelta sólo contaba con unos centenares de hombres), ni esos desastres impidieron su inmediata reconstitución (los casos más notorios son los de Mina «el Viejo» y el Empecinado) ni, pese a posibles reveses, hubo muchas unidades regulares o no, de cualquier ejército europeo, que puedan equipar sus logros a los de las grandes partidas españolas en su lucha contra las fuerzas napoleónicas.

Con todo, cabe preguntarse, que ya que el sistema español de guerrillas no era perfecto y tuvo un desarrollo inadecuado, cuál hubiera sido el sistema mejor, pues lo que no cabía en duda a nadie después de la experiencia española, es que las guerrillas eran un arma fabulosa, pese a todas las críticas que se le pudieran hacer.

La solución nos la brinda el «alter ego» intelectual de Marx, F.Engels, quien en un artículo de 1870 aboga por el ideado por el general prusiano Gneisenau en 1811 y conocido por el nombre de «Landsturm».⁶

⁵ SARRAMON, J. *La Bataille des Arapiles* Toulouse 1978

⁶ ENGELS, F. *Temas Militares* Akal, Madrid 1975, pp 240-257

EL PUEBLO EN ARMAS

Dejemos por el momento de lado que tal sistema no fue llevado nunca a la práctica, y analicemos la propuesta: una especie de milicia territorial que actúa en ausencia del enemigo como auxiliar del ejército regular, y que, invadido su territorio, actúa con la clásica táctica guerrillera de sorpresas y emboscadas, volviendo luego sus integrantes a sus ocupaciones habituales tras el golpe, huyendo así de las represalias del invasor.

Para evitar dichas represalias en caso de caer prisionero en el propio combate, cada hombre portaría una mínima uniformidad que luego ocultaría, consistente en una prenda militar de cabeza, correa y tal vez un capote.

Expuesto así, todo parece perfecto, pero no podemos olvidar que, parafraseando a Marx, si en esa época había en Cádiz ideas sin acción y en el resto de España, acción sin ideas, no cabe duda de que esa acción y la experiencia de varios años de guerra habían dado a los combatientes españoles una idea muy precisa de las ventajas e inconvenientes de su forma de lucha, tal vez nunca expuestas en un tratado, pero evidentemente eficaces a la luz de los resultados. Y el carácter de la guerra peninsular era tal que no era posible sobrevivir, militarmente hablando al menos, sin una constante adaptación a las condiciones en las que tenía lugar la despiadada lucha.

Obviamente, la idea de un «pueblo en armas» es muy atractiva, pero parece pertenecer, por la experiencia histórica al terreno de las utopías: raramente, incluso en el mejor de los casos, ha llegado a tan alto grado la unanimidad en el espíritu de lucha, e incluso en esos casos, un pobre liderazgo ha hecho a menudo estéril esa resistencia.

A la altura de 1809, los españoles ya sabían lo que sucedía en cuanto algún pequeño destacamento francés era aniquilado en una aldea: la población era sistemáticamente saqueada e incendiada, y sus habitantes sometidos a la violación, las torturas o a la ejecución sumaria. Si por cada pelotón francés eliminado, debía sufrir igual suerte un poblado entero, tal estrategia no hubiera llevado más que al hundimiento de la moral de resistencia. Y, desde luego, la precaria uniformidad propuesta por Gneisenau, no hubiera salvado de ejecuciones sobre la marcha a los guerrilleros apresados, cuando ni siquiera ancianos, mujeres o niños eran respetados.⁷

De hecho, existía tradicionalmente en España una institución acorde con la idea prusiana: las «alarmas» o somatenes. De raigambre medieval, se suponía en ellas que todos los vecinos de los lugares próximos al amenazado

⁷ Cfr. en Archivo Histórico de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, la relación de la toma de Castrourdiales por las tropas imperiales, el informe señala casa por casa los arcabuceados, de los que más de la mitad son niños y niñas, y ello pese a que las fuerzas españolas que habían tomado previamente la villa llegaron por mar y se habían embarcado cuando las imperiales entraron en ella.

se congregarían al rebato de las campanas, y a las órdenes de sus autoridades naturales; nobleza, clero, alcaldes, etc, se lanzarían sobre el invasor.

Tal vez un sistema semejante fuera bueno en otros tiempos, o tal vez hubiera mejorado de ser reglado y organizado según las ideas de Gneisenau, lo cierto es que los españoles pronto tuvieron la experiencia de que tal forma de lucha era exponerse casi inútilmente a ser diezmados por, las ágiles y bien dirigidas columnas francesas. Ese fue el caso de Galicia durante la invasión de Soult y Ney, de Castilla (el combate de Cabezón es un buen ejemplo), de Andalucía con el de Alcolea, y Aragón, con los estériles intentos de los Palafox antes y durante el primer sitio de Zaragoza de enfrentar 8 unidades regulares con paisanos armados y encuadrados unas horas antes del combate.

Uno de los pocos éxitos del sistema, aunque muy sonado, tuvo lugar en Cataluña, donde el Somatén gozaba de una gran tradición, singularmente en los combates del Bruch, bien es cierto que contra un enemigo mediocre (los napolitanos al servicio de Napoleón) y una mala dirección (la del general Schwarz), en un típico encuentro de emboscada, en zona agreste y boscosa y ante un enemigo que no esperaba casi oposición.

En Cataluña el sistema siguió vivo durante toda la guerra, y es de señalar la enorme cantidad de tropas napoleónicas que absorbió hasta el final, incluso cuando las principales ciudades y fortalezas habían caído. Pero el cansancio y el enorme desgaste de este tipo de guerra fue muy visible ya mediada la contienda, tomando cada vez un papel más preponderante las fuerzas regulares o un servicio más restringido, escogido y limitado en el tiempo que el propio somatén, bien fuera el servicio temporal en unidades regulares, o el también temporal en las «secciones» equiparables por uniformidad y encuadramiento a las unidades de línea, aunque no por el compromiso del combatiente.

Y ya que lo mencionamos, otro efecto indeseado fue que, en general y particularmente en el reino de Aragón, tal sistema se desarrolló como una alternativa al ejército regular, trayendo hombres de esas unidades dadas las históricas renuencias del reino a ser sometido a quintas y levas. El mismo caso puede ser observado en Galicia y en otros muchos territorios por la repugnancia al servicio en el ejército regular.

En general, las tumultuosas e ineficaces «alarmas» o se degradaron, o fueron una forma de evitar un servicio más incómodo, o sobre todo en las primeras fases de la contienda, se convirtieron en unidades más o menos regulares, para aprovechar el primer entusiasmo.

----- Pero esas unidades, de nuevo como alternativa al servicio en el ejército regular (como sucedió en los EE.UU. en su Guerra de la Independencia, en detrimento de los «continentales» de Washington) se mostraron igualmente, y como era de esperar, dado su falta de entrenamiento, mandos capaces y equipo, incapaces de afrontar al enemigo en un combate de línea salvo en condiciones muy especiales.

Tal vez las «alarmas» hubieran mejorado de ser encuadradas por los Regimientos Provinciales que existían entonces y que gozaban, por haber sido movilizados con mucha anterioridad, de disciplina y organización. Pero, como sabemos, tal organización no existía en la Corona de Aragón, y en el resto, las milicias provinciales fueron agregadas sin más a los regimientos de línea, equiparados a ellos a todos los efectos. Así vemos en los estadios de los ejércitos españoles de la guerra, figuran junta unidades regulares, provinciales y de nuevo cuño surgidas del levantamiento. El resultado, como es bien sabido, fue desastroso, a las dos primeras les faltaban hombres, a las nuevas, entrenamiento, disciplina y mandos con experiencia.

Había que idear otro sistema de lucha, el regular no servía ante semejante enemigo, las resistencias heroicas de ciudades eran auténticas hecatombes (y no hay más que comparar las de las primeras, como las de Zaragoza y Gerona, con las de Badajoz y Valencia, para observar como se había reducido la moral de resistencia ante el inevitable fin)

Quedaba la guerrilla, con sus líderes consagrados por la efectividad en el duro campo de batalla (y no había otra legitimidad para ellos ante el fracaso evidente de las tradicionales) y con sus tácticas heterodoxas para nivelar la enorme ventaja en habilidad táctica, entrenamiento, equipo y hasta número de hombres bajo las armas del enemigo.

LA EVOLUCIÓN DE LAS GUERRILLAS

Pero cuando en 1809-10, la principal forma de lucha de los españoles, ante el fracaso de las otras, se convirtió en la guerra irregular, la experiencia de dos años contra las pequeñas partidas había obligado a las tropas francesas a variar su despliegue y tácticas: evitar dejar aislados a pequeños grupos o rezagados, moverse en convoyes fuertemente protegidos o en columnas de cierta entidad, fortificar y guarnicionar puentes, pasos montañosos y numerosas localidades, crear cuerpos especiales contra los insurgentes (a menudo con españoles) y otras muchas medidas. Es bien cierto que eso llevaba a emplear una división en mantener ocupada una provincia, con los demolidores efectos que eso tuvo a la larga, pero no es menos cierto que en esas condiciones, las pequeñas partidas de un centenar o dos de guerrilleros tenían poco que hacer, ante semejante despliegue, salvo alguna excepcional circunstancia.

La evolución de las guerrillas no vino pues, a nuestro parecer, dictada por caudillismos (por más que los hubiera) o por la razón expuesta por Aymes del control gubernamental (aunque era descable y se lograra en algún grado) sino por la propia fuerza de las circunstancias.

Para afrontar ese despliegue francés era necesario un conjunto equiparable en número, aunque inferior, pero capaz de enviar pequeños des-

tacamentos que realizaran las habituales misiones de hostigamiento, vigilancia, etc, mientras que un núcleo se dedica a las mayores empresas de atacar posiciones fortificadas, convoyes o columnas.

De esta forma se desarrolló un tipo de unidad y de forma de combatir que iba a tener luego amplio muestrario en la historia militar española: una columna de unos pocos miles de hombres, agrupando algunos escuadrones y batallones, y en ocasiones alguna artillería, que si impone serias limitaciones a la velocidad, constituye un arma a menudo decisiva contra fortificaciones.

La «columna» era capaz así de realizar empresas no sólo y estrictamente «guerrilleras», sino misiones más amplias, incluyendo el combate regular con unidades enemigas equivalentes. Demasiado débiles como para liberar permanentemente el territorio, pero lo suficientemente fuertes como para, tras su concentración, disputarlo en un punto determinado a un adversario excesivamente desplegado.

En cuanto a su tamaño, venía condicionado por varios factores: el número máximo de hombres a quienes se podría armar y equipar, el máximo manejable para un jefe que estaba aprendiendo su oficio sobre la marcha, y el máximo que pudiera subsistir sobre el terreno en pequeños pueblos y aldeas sin arrasarlos tras su paso. Esa primitiva logística, copiada del modelo napoleónico de «vivir sobre el país», limitaba, dada la pobreza de la península, el número de combatientes y forzaba a ambos bandos a una excesiva dispersión de fuerzas, con efectos mucho peores para las fuerzas invasoras.

Del mismo modo, no se podían abstraer demasiados brazos al campo, *ni era deseable, pues aunque el contingente creciera momentáneamente*, la siguiente y deficitaria cosecha hubiera colocado de nuevo las cosas en su sitio.

Por otro lado, debemos recordar el capítulo de las bajas, tal vez no muy importantes aunque sí continuas en combate, pero indudablemente mucho más numerosas en otros aspectos. El viejo dicho de que un guerrillero debía tener «corazón de león, estómago de mosca y pies de liebre» en metáfora por los obligados valor, sobriedad y ligereza que exigen dicho género de lucha, no cabe duda de que se cobró un gran número de bajas por agotamiento o enfermedad en una lucha tan larga y severa, en un país montañoso y de meteorología mucho más dura de lo que dan a entender los escritores románticos, por no insistir en la idea de que se desarrollaba en un medio rural ya de suyo pobre y atrasado, y además, esquilado por la contienda.

También, aunque de difícil cuantificación, tendrían su papel las situaciones personales, familiares, ideológicas, etc, que podían llevar a unos hombres a renunciar a un compromiso que ellos consideraban como libremente aceptado y que, por tanto, podían revocar en cualquier momento.

Así que, en nuestra opinión, las guerrillas no crecieron desafortunadamente, sino dentro de los muy estrictos límites apuntados. Mucho de su in-

cremento se debió a que englobaron partidas más pequeñas, o bien porque extendieron su ámbito de actuación. Caso de la de Mina, con unidades no sólo navarras, sino también alavesas y aragonesas, o la del Empecinado, en principio dependiente de Guadalajara, pero que terminó incluyendo unidades de Cuenca y Madrid, y transitoriamente, de recluta aragonesa.

Pero volviendo a la táctica, hemos dicho que tras la partida se llegó a la columna, y esa fue la escuela en la que los españoles aprendieron a vencer a las tropas napoleónicas, escuela no sólo para los guerrilleros pues la mayor parte del ejército regular español, sobre todo tras 1810, empezó a utilizar dichas tácticas: la totalidad del Primer Ejército en Cataluña; lo mejor, con Ballesteros, en Andalucía del 3.º, los generales Morillo y España en Extremadura y León, e incluso el de Galicia y Asturias. Sólo el 2.º, al mando de Blake, persistió en el antiguo sistema, con el conocido resultado de la última campaña victoriosa de las tropas napoleónicas en la península, con la conquista de Valencia por Suchet.

Así, y pese a otras opiniones, nos parece que las diferencias entre unas unidades y otras, guerrilleras y regulares, se fueron acortando hasta hacerse, en muchos casos, relativamente académicas o legales. Recordemos que las partidas de Porlier, Mina, Longa, Durán, Villacampa, el Empecinado y otras eran formalmente divisiones del 2.º ó 4.º ejércitos, y que muchas de las menores eran a su vez, unidades tipo regimiento, batallón o brigada.

Por ello, cuando se recogen opiniones críticas de los militares profesionales españoles acerca de las partidas guerrilleras, se debería matizarlas con mucho cuidado, aunque sólo sea porque el origen profesional de muchos de ellos era indistinguible del de los líderes guerrilleros, y bien pueden valer los casos del general Morillo, antiguo suboficial de la Armada, o el de Ballesteros, simple empleado de Hacienda. En cuanto a los del viejo ejército, pocos podían criticar en el plano profesional a nadie a la vista de su muy mediocre actuación en la contienda. Otra cosa es el que se critique a las partidas de «incontrolados», indudablemente nefastas para el esfuerzo bélico del país, pero, a menudo, y llevados de algún prurito «profesional», esa distinción no queda muy clara.

UNIFORMIDAD

Un aspecto, si se quiere secundario, pero de mayor importancia de la que pudiera parecer a primera vista es el de la uniformidad, en el que de nuevo resalta la ingenuidad del excesivamente teórico plan de Gneisenau sobre el «Landsturm».

La conveniencia de un uniforme para el guerrillero, aunque sólo sea con el fin de obtener algún respeto del enemigo y elevar la propia moral, fue pronto tan evidente, que en cuanto tuvieron ocasión, los hombres lo llevaron y tan lujoso como fuera posible.

Pero ni aún así se lograba siempre que las fuerzas de ocupación respetaran al guerrillero apresado. En Asturias, un furibundo bando del gobernador francés ordenaba la ejecución sumaria de todos los soldados españoles (regulares o guerrilleros) que no portaran la uniformidad oficial en 1808, considerándolos como bandidos. La respuesta fue amenazar con hacer lo mismo con los franceses que no llevaran la de 1791.

Es difícil hablar de uniformidad en cualquier guerrilla, tanto por sus precarios suministros como porque la dureza de sus operaciones dejaba a los uniformes de la época, más vistosos que prácticos, convertidos en harapos tras unos meses de lucha. Bueno es recordar que ése era el caso de los tres ejércitos enfrentados en la guerra peninsular, que tuvieron que recurrir a prendas civiles, paño local, prendas arrebatadas al enemigo o cualquier clase de sustitutivo más o menos improvisado. Pese a todo ello, las unidades parecían a menudo más una turba de malhechores que disciplinados soldados. Peor era aún la situación respecto al calzado.⁸

El ejército y la guerrilla españoles fueron con mucho las fuerzas peor vestidas y equipadas por la ominosa situación del país, con frecuentes cambios en la uniformidad, uniformes y prendas que ignoraban abiertamente las regulaciones y todos los sustitutivos y alternativas, descritos fenómenos que afectaron igualmente, aunque en menor grado, a los ejércitos francés y anglo-portugués. La variedad que muestra para el español el Estado Militar de 1815 es notoria: apenas queda algún viejo uniforme blanco, conviviendo los de factura británica, azules y sin solapas, en el espíritu del reglamento de diciembre de 1811, pero con múltiples variaciones regimentales, con los de corte francés, por lo general de «stocks» apresados o de factura local, y con los realizados con el paño pardo local, sin hablar de la fantasía de los de caballería, siempre tradicional en esta arma, pero con la opción más conservadora de los artilleros. No parece que hubiera ninguno específico de los guerrilleros, y en las unidades procedentes de esa categoría en el «Estado» aparecen indistintamente los tipos señalados.⁹

Una costumbre que tuvo, al parecer, en este teatro de operaciones su origen y que hoy es perpetuada en el «quepi» de la Legión Extranjera francesa, y tal vez en el «ros» español, fue la de proteger los «chacós» con un lienzo blanco.

Pero esos abigarrados conjuntos no fueron específicos de la guerra peninsular, todos los ejércitos europeos, al menos desde la coyuntura de 1812-1813, sufrieron una mezcla de uniformes viejos y nuevos, prendas no reglamentarias, civiles, sustitutivos o flagrante escasez de ellos.

⁸ HAYTHORNWAITE, Philip. *Uniforms of the Peninsular War 1807-1814* Poole, Dorset 1973

⁹ BUENO CARRERA, J. María *Uniformes españoles de la Guerra de la Independencia* Aldaba, Madrid, 1989

Pronto se notó que era más fácil reclutar hombres, adiestrarlos y armarlos, que dotarlos de lo que parecía algo más secundario. Indudablemente los tiempos de la «guerre en dentelle» con sus relativamente reducidos ejércitos profesionales habían pasado, la industria era incapaz de vestir adecuadamente a los grandes ejércitos de reclutas.

Un buen ejemplo de ello es el ejército prusiano que luchó en 1815 en la campaña de Waterloo, que ofrecía un buen muestrario de uniformes, desde los regulares, en minoría, al abigarrado conjunto procedente de los «freil-corps», los de origen británico y hasta los de origen ruso. En cuanto a la «Landwehr», muchos de sus miembros tuvieron que conformarse entre 1813 y 1815 con un equipo semejante, y a veces más escaso, que el preconizado por Gneisenau para el irregular «Landsturm».¹⁰

EL FACTOR POLÍTICO

Había entre el ejército regular español y las guerrillas una diferencia básica, en medio de tantas similitudes, el hecho de que las guerrillas operaban constantemente, y no sólo de modo temporal, en la retaguardia del enemigo. Incluso en esto se puede citar la excepción catalana, pues desde 1811, el Primer Ejército tuvo que operar aislado de otros territorios resistentes, pero valga como esquema.

Pero a menudo se olvida de que, aparte de su papel militar, las grandes guerrillas, legalizadas por el gobierno, uniformadas y con graduaciones militares, eran también la expresión no sólo armada, sino ideológica y administrativa de que el gobierno rebelde tenía una efectiva presencia en toda la península, y no sólo en las pequeñas áreas libres del invasor.

Las juntas provinciales, reducidas en sus atribuciones, enfrentadas a menudo con los líderes guerrilleros, a veces puramente testimoniales, siguieron existiendo, proporcionando un sostén legal, logístico y administrativo a la rebelión, todo lo limitado que se quiera pero real y efectivo. José I no tenía que soportar solamente el desafío militar del Empecinado en las afueras de su propia capital, sino que los límites políticos de su dominio estaban contestados allí mismo por la Junta de Guadalajara, errante por toda la provincia, de limitados recursos, pero que con su sola presencia cuestionaba su monarquía tanto o más que la lejana Cádiz.

En esto, como en otras cosas, la guerrilla española de 1808-14 anticipa claramente formulaciones muy posteriores de guerras revolucionarias propias del siglo xx, y ello independientemente de la ideología de sus líderes y componentes.

¹⁰ HAYTHORNTHWAITE, P. *Uniforms of Waterloo* London 1974

El régimen de Cádiz aspiraba a ser representativo de toda la nación, aspiraba igualmente a administrarla y controlarla en su totalidad, fuera por un medio u otro, y el mejor que pudo hallarse, el que hizo que Cádiz no fuera como parecía un islote de resistencia en una península dominada por las tropas napoleónicas, fue la guerrilla y todo el sistema de gobierno anexo, por precario y rudimentario que fuese.

Y esto tuvo lugar porque España fue el único país de régimen constitucional enfrentado a Napoleón, (salvo el caso de Gran Bretaña que, como es notorio, nunca fue invadida) lo que marca una diferencia esencial.

Como comentaba Engels, el rey de Prusia nunca miró con buenos ojos el proyecto del «Landsturm», y nunca lo puso realmente en práctica. Por lo que sabemos, en el resto de Europa hubo unidades auxiliares del Ejército regular, fueran cosacos, «freikorps» o milicias de cualquier clase, pero nunca el sistema de España, con un contrapoder instalado en las mismas entrañas del régimen impuesto. Tal cosa, obviamente, estaba por completo en contra de las bases que sustentaban a las monarquías absolutas y muy por encima de lo que se podía esperar de un obediente súbdito.

Pero, y de nuevo, este logro tiene poco que ver con las «raciales» pequeñas partidas tan gratas al romanticismo.

CONCLUSIÓN

No era nuestro propósito, como anunciamos al principio de esta disertación, aportar nuevos datos, sino el de invitar a una profunda reflexión sobre los conocidos, y en nuestra opinión, pocas veces valorados en su justa medida.

Lo cierto es que las guerrillas españolas de 1808-1814 no han tenido demasiado buena prensa, por las razones aducidas más arriba y por otras que se han sucedido en la historiografía: movimiento espontáneo y anárquico a la larga poco eficaz, escuela de caudillismo militar, de bandidos y de partidas reaccionarias, etc, la lista de recriminaciones y juicios despectivos o trágicos es muy numerosa.

Ya en su propia época, su propio jefe supremo y generalísimo de los ejércitos peninsulares, el duque de Wellington las apreciaba en poco, mientras se permitía cínicos comentarios sobre el valor real del «entusiasmo» español.¹¹

Pese a su contribución decisiva durante toda la guerra, y como hemos señalado, especialmente en su fin durante la campaña de Vitoria, Wellesley decidió en lo sucesivo hacer un uso realmente descabellado de ellas. Por citar un solo caso, no pudo encontrar mejor destino a la división del Em-

¹¹ AZCARATE, Pablo de *Wellington y España* Espasa Calpe, Madrid 1960

pecinado que bloquear la plaza secundaria de Tortosa, relegando a unas misiones de tropas de segunda categoría a una fuerza que había derrotado en el mismo 1813 a una brigada imperial que pretendía ocupar Alcalá de Henares.

Se ha señalado, y con razón, que Wellington temía que la «furia» española desembocase en terribles venganzas sobre la población francesa, y que ello podía causar una resistencia desesperada de un enemigo ya vencido, por lo que restringió al máximo el uso de unidades españolas, ya fueran regulares o guerrilleras, en la invasión de territorio francés. Pero también se ha recordado el magnífico uso de unidades irregulares por los aliados austríacos, rusos y prusianos, especialmente los cosacos, sin que nada de esto sucediera.

Así el fin de la Guerra de la Independencia tuvo un carácter de verdadero «anticlimax» para las unidades guerrilleras: apenas alguna llegó a cruzar la frontera y fueron relegadas a misiones totalmente secundarias o de guarnición. Ese poco brillante fin deslució bastante su actuación anterior y contribuyó a que no resultaran tan evidentes sus merecimientos.

También la actitud del repuesto rey, Fernando VII, disolviendo con muy pocas excepciones esas unidades, mientras se recreaban prácticamente de la nada muchos regimientos regulares, contribuyó a una valoración poco justa.

Y en fin, las dos escuelas de pensamiento militar dominantes durante el siglo XIX, la francesa y la prusiana, deslumbradas por las grandes campañas napoleónicas, las grandes batallas y los ejércitos regulares, y a falta de otros ejemplos válidos (la insurrección tiroleesa era tal vez la única comparable, pero tuvo un desgraciado fin), tendieron a considerar el caso de la guerrilla española como el de una extraña aberración en el puro arte de la guerra, probablemente no exportable a otras latitudes. Incluso Gómez de Arteche llegó a comentar a sus colegas franceses, entristecidos por la no muy exitosa actuación de los «franc-tireurs» franceses durante la guerra franco-prusiana de 1870, el muy racial comentario de «...desengañense, para hacer buenos guerrilleros hacen falta españoles y españoles pobres...».

Debemos a Jover Zamora el haber intentado plantear el tema fuera de las tradicionales perspectivas casticistas, un enfoque reiterado en su obra y sumamente enriquecedor en temas españoles¹². Tal vez sea un buen punto de arranque para alejarnos definitivamente de las hagiografías e hipóboles patrióticas o de los análisis más ideológicos que científicos.

¹² JOVER ZAMORA, J. María. «La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación. 1808-1814» en *La Guerra de la Independencia española y los Sitios de Zaragoza*. Universidad de Zaragoza 1958